



XVIII

La Sagrada Eucaristía es nuestra Fortaleza.

*Parasti in conspectu meo mensam adversus eos
qui tribulant me.*

Dispusiste ante mis ojos una mesa contra los que
me llenan de tribulación.

Ps. xxii, 5.

1. Con estas expresivas frases continúa un salmo el profeta rey en el que se ocupa del dogma sacrosanto del Altar. Luego que ha manifestado en espíritu que Dios le ha colocado en un lugar de pastos, donde puede apacentar su alma; después que ha declarado que aunque ande en medio de las sombras de muerte, no temerá, porque el Señor está con él, dice lo siguiente.—Dispusiste ante mis ojos una Mesa contra todos los que me llenan de tribulación.—Pero, pregunto: ¿Cuál es esta prodigiosa Mesa capaz de oponerse á los más temibles enemigos? ¿qué propiedades tan divinas posee, que quien se sienta á ella queda asegurado? Objeto, no sólo irracional, sino inorgánico é insensible es la mesa, y, sin embargo, el Espíritu Santo le atribuye suficiente virtud para oponerse á nuestros enemigos. Los santos Padres é intérpretes de las divinas Letras no han titubeado en reconocer en este precioso versículo una exacta predicción de los efectos eucarísticos. La mesa es la Santa Eucaristía, preparada por la Sabiduría eterna para que por

su medio reparasen sus fuerzas los cristianos. Ella es la que nos concede valor en las tentaciones y ayuda en los trabajos, según el Angélico; ella la que nos arma contra las potestades del infierno para hacerlas desaparecer de nuestra presencia, en frase del Crisóstomo; ella la que debilita poderosamente nuestra propensión al pecado, en sentir de todos los teólogos; ella, finalmente, el escudo, el apoyo y la defensa del cristiano, como afirma la Iglesia.

2. Todo esto es el Sacramento del Altar; todo esto presta á los que pretenden valerse de Él para lanzarse al combate. Es preciso que convengamos, en que el hombre ha de presentar á cada momento reñida batalla al enemigo; por esta razón afirma Job que la vida del hombre es una continuada milicia sobre la tierra. Es indispensable que estemos de acuerdo en que no poseemos de nuestra parte armas suficientes con que poder derrotar al adversario; pero también es necesario que declaremos que en Jesús Sacramentado hallamos, no sólo los suficientes, sino más que indispensables medios de ataque, según el Apóstol: «Todo lo puedo en aquél que me conforta.»

Estudiemos, pues, que *Jesús Sacramentado es nuestra segura Fortaleza*: 1.º *contra el mundo*: 2.º *contra el demonio*: y 3.º *contra la carne*.

§. I.

3. Recordaréis que aquel sabroso panal de miel, del cual el hijo de Saúl tomó la cantidad que pudo sustraer con la punta de una vara, era bellísima figura de la Eucaristía. Consignan las sagradas Letras que en el momento que Jonatás probó la dulce comida se le abrieron los ojos y quedó confortado para el combate. Pues bien; ved aquí al Deífico Sacramento ser suavísima miel que abre nuestros ojos para ver los peligros del mundo, y confortativo al propio tiempo de nuestra alma. Si fuéramos á enumerar las veces que la Escritura Divina denomina proféticamente «Fortaleza» al Verbo encarnado, seríamos interminables; baste decir que el caudillo de Israel y el rey David con expresas palabras

dicen tres veces de Dios que es su fortaleza. Isaías se lo atribuye dos veces. Jeremías y Habacuc una. Sabemos que el Espíritu Santo posee el don de Fortaleza; pero ¿cuándo se nos concede ese Espíritu con más abundancia y con más plenitud que nunca sino cuando comulgamos? Jesucristo, en sentir de los teólogos, derrama sobre los que se presentan á comulgar, bien dispuestos, no ya la gracia peculiar de este Sacramento Santísimo, sino también todo cuanto contribuye á formar santa á un alma. Ahora bien; para que ésta sea tal, es preciso que posea las virtudes cardinales, contándose entre éstas la fortaleza; mas reconocer debemos que esta virtud es don particular del Espíritu Santo quien la otorga por amor á los que con amor se llegan á recibir al Rey de la gloria.

4. En los que se unen con Cristo Sacramentado se cumplen felizmente las palabras que se efectuaron en Salomón cuando éste recibió la Sabiduría: Todos los bienes me vinieron juntamente con ella (1). Por cierto; con el Santísimo Sacramento sobrevienen al cristiano todos los bienes; por eso Él es fortaleza contra el mundo, capital enemigo de la sociedad cristiana. Dicha sociedad, y por consiguiente sus miembros han experimentado la salud y la felicidad, han ganado victorias contra los infieles y herejes, han visto robustecerse sus monarquías á la benéfica sombra del Sacramento eucarístico y han obtenido mil beneficios contra los malvados. Aquí paro vuestra atención, haciéndoos ver en primer lugar que la Divina Eucaristía es fortaleza contra el mundo porque custodia y defiende los bienes temporales de sus respectivos propietarios.

Y ¿cómo no ha de resultar de esta manera, si como dice Sta. Teresa, quien á Dios tiene nada le falta; y, como afirma un antiguo refrán, quien en Dios fía tiene guardada la espalda? Por manera que los cristianos de corazón limpio, los que ven á Dios por la fe y leen sus enseñanzas en el propio corazón no han temido al mundo. Yo no repe-

(1) Sap., VII, 11,

tiré, que sin la Eucaristía, ni los mártires podían desafiar las amenazas de los tiranos, ni las vírgenes conservar intacto el lirio de su pureza, ni los religiosos encerrarse perpetuamente en los claustros, ni tantos buenos seglares llevar con resignación las cruces de esta vida; yo no volveré á mencionar lo que tan detenidamente he consignado en otros lugares, sino que pondré de manifiesto que el mundo perverso tiembla ante el poder de la Eucaristía.

5. Á este propósito cuéntase en el *Espejo de ejemplos*, (1) que un devoto pastor, después de haber comulgado, iba en dirección á su rebaño, cuando notó con sobresalto que un lobo se llevaba una oveja suya. Todo contristado, acudió al Señor Sacramentado, á quien conducía en su alma, y le dirigió estas tiernas palabras:—Señor, Pastor universal del mundo y Cordero de Dios, á quien hoy he recibido; apiadaos de aquella ovejuela que no la puedo yo remediar;— ¡gran maravilla! apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando el lobo, contra su feroz instinto, devolvió al rebaño la oveja del todo ilesa. ¿Queréis oír otro episodio más tierno aún? Del santo Bonifacio, refiere S. Gregorio que siendo niño todavía, y estando á la puerta de su casa, vio venir una raposa que, entrando en el corral, arrebató una gallina y se la llevó; entonces el santo niño, afligido sobremanera, corrió á la Iglesia más próxima, y arrodillado ante el Sacramento del Altar, dijo al Señor:—¿Queréis, Señor, que estas gallinas que mi madre cría para sustento de su pobreza, las coma una raposa?—Sin decir más, regresó á su modesta casa y halló que la raposa había devuelto la gallina, quedando luego muerta á sus pies por el atrevimiento.

Muchos prodigios semejantes ha obrado el Sacramento en confirmación del valor que infunde en sus fieles siervos. Celebraba, cierto día, el santo Sacrificio de la Misa un padre franciscano y se le cayó desgraciadamente en el cáliz, luego de consagrado, una araña; él, con la confianza puesta en Dios la tragó juntamente con el sangüis, diciendo:—No

(1) Verba, Euchar., exp. 2.º

me dañarás;—con efecto, de allí á tres días el religioso fué sangrado, lanzando por la herida el insecto homicida sin que le hubiera molestado en lo más mínimo (1).

Unos herejes intentaron quitar la vida á los santos Juan Evangelista, obispo Julián, y Jácome de la Marca, arrojando para el efecto veneno en el cáliz que consagraban; mas no sufrieron ningún daño; y cierta mujer, que llevaba en sus manos una sogá con pérfida intención de ahorcarse, al ir á poner en ejecución una acción tan horrible, tocaron á alzar, y ella, por la devoción que tenía al Sacramento, se arrodilló y rezó; al terminar se levanta, coloca la sogá, é intenta ahorcarse; sin embargo, el Señor Sacramentado á quien la mujer había adorado antes, dispuso se quebrase la cuerda y se salvase la infeliz, oyéndose al propio tiempo una voz celestial que decía:—La virtud del Cuerpo de Cristo te ha salvado (2).—

§. II.

6. Acabamos de estudiar que el Santísimo Sacramento es fortaleza contra el mundo, porque guarda los bienes de sus devotos, y asimismo porque les libra de muchos peligros temporales; mas observemos ahora que también es fortaleza contra el demonio y sus terribles acechanzas.

En otros capítulos he consignado alguna cosa respecto de la virtud que posee la Divina Eucaristía contra este infernal enemigo; pero aquí es preciso que indique con más extensión cuál sea el poder del Pan celestial contra las astucias diabólicas, y qué valor y fortaleza infunde en sus devotos para que puedan respetar las perversas maquinaciones luciferianas.

En primer término el Sacramento del Altar libra á sus devotos de las sugerencias diabólicas. El mismo Jesucristo afirma que quien come de su Pan no muere sino que tiene vida eterna; luego la Sagrada Eucaristía da fuerza contra las tentaciones, puesto que éstas son las que de ordinario hacen

(1) Crónica Seráfica.
(2) Discípulo, letra E.

caer al hombre en el mortal pecado. Por esta razón S. Ignacio mártir llamaba al divino Pan, «medicamento de la inmortalidad.» Y si el demonio tiene horror á la Santísima Virgen, Señora Nuestra, porque fué receptáculo sagrado de Cristo, ¿no lo tendrá á los que asimismo son hermoso sagrario del Salvador, mediante la Comunión? Los santos están acordes en afirmar que el espíritu malo huye de las personas que frecuentan la Comunión, porque tiene horror á la Carne de Jesucristo. En su confirmación refiere S. Pedro Damiano que cierto obispo amalcitano declaró con juramento al Papa Esteban que, estando completamente invadido de sugerencias diabólicas, un día, al partir la Santa Hostia en la Misa, apareció en sus manos un pedazo de carne tan colorada que le tiñó de sangre las manos, desapareciendo al punto las tentaciones (1).

7. También el Sacramento desbarata los encantos del infernal enemigo. Consigna el Pontífice S. Gregorio que la mejor arma para combatir las astucias de Lucifer es la frecuencia del Santísimo Sacramento. *Inter cætera arma, quæ contra principem mundi, Deo favente, contulit, potissimum est, ut Corpus Domini frequenter acciperes* (2). Por cierto; una experiencia de veinte siglos, atestiguada por innumerables siervos de Dios, acredita el poder de la Santísima Eucaristía contra los partos inicuos de Satán. En la Edad Media se hizo uso del Sacramento del Altar para destruir los conatos diabólicos. En efecto: muy cerca del monasterio de Claraval, donde habitaba S. Bernardo, había un pobre hombre á quien su mala mujer, por medio del demonio, había hecho que enfermase y quedase enteramente desfigurado. Padecía horribles dolores, cuando tuvo noticia del caso S. Bernardo, quien ordenó á sus monjes condujesen el miserable ante la presencia del Sacramento. Puesto allí de rodillas, mandó el santo sacasen la Custodia del Santísimo y la colocasen sobre la cabeza del desgracia-

(1) Trat. de algunos milag.
(2) Lib. 7 del regist. cap. XI.

do, quien al momento quedó sano (1). Bromiardo refiere también que cierto ermitaño hechicero hacía ver que las llamas le respetaban. Para confirmar al público en los errores que él persuadir intentaba, encendía una hoguera, se entraba en ella y no se quemaba. Súpolo un devoto sacerdote, y, tomando secretamente la cajita de las santas Formas, se personó en el lugar donde el ermitaño estaba, á quien rogó que entrase en un horno encendido, pues deseaba ver el milagro. El infeliz se puso entre las voraces llamas, y el sacerdote sacó la Cajita y la colocó á la puerta del horno; mas cuando el ermitaño llamó en su auxilio al demonio, éste le contestó:—No puedo ir, pues un Señor poderoso está á la puerta del horno, que me lo impide.

8. Para Dios, en efecto, tan fácil es desbaratar las maquinaciones de un perverso, como arrojar á éste del lugar donde está. Dice, á este propósito el abad Casiano, que «los antiguos nunca negaron la Comunión á los endemoniados, antes, si posible era, se la distribuían todos los días, para guarda del cuerpo y del alma, ya que la presencia de este Sacramento ahuyenta al demonio (2):» práctica hermosísima que confirma la doctrina que hemos apuntado; por esta razón aconseja el Crisóstomo que nos levantemos de comulgar inflamados en amor de Dios, á fin de ser terribles á los diablos, ya que la Eucaristía, en frase de S. Ambrosio (3), puede arrojarlos muy lejos de los que comulgan. S. Anfiloquio solicitaba de Dios la Comunión para poder lanzar lejos de sí al infernal espíritu. Recordad que cuando el Salvador pisó la tierra de los gerasenos, le salieron al encuentro dos posesos muy fieros, cuyos demonios, temblando ante Jesús, decían á Éste: Si nos arrojas de estos cuerpos mándanos á esa piara de cerdos. Ahora bien; ¿cómo no queréis que Jesús en el Sacramento, tan omnipotente como cuando peregrinaba por el mundo, arroje los demonios de los posesos? En 1.565 el

(1) Guillermo Abad; vida de S. Bernardo.

(2) Relaciones, libr. 7, Cap. 30.

(3) Serm. 8 ad. P., 108.

obispo de Laudano, en una reñida disputa que tuvo contra los sacramentarios acerca de la presencia real, lanzó dos veces el demonio de una mujer, con haber protestado solemnemente que el Salvador está realmente en la Hostia consagrada, prodigio que fué presenciado por más de diez mil personas. Cierta joven, por haber mirado deshonestamente el retrato de Venus, fué apoderada del demonio; afligidos sus padres, la llevaron á un sacerdote, quien la condujo al Altar del Sacramento, y en comulgando, salió de su cuerpo el mal espíritu.

§. III.

9. La Eucaristía es Fortaleza contra la carne. ¿Cuál es el mejor bien del hombre, dice el Espíritu Santo, sino el vino que engendra vírgenes (1)? El famosísimo Lira comenta este pasaje de la siguiente manera: «¿Qué hay en la tierra que valga algo, sino el Cuerpo de Cristo consagrado en pan de trigo, con el cual se sustentan espiritualmente los escogidos, y la Sangre de Cristo debajo de la especie de vino, que multiplica las vírgenes castas de la Iglesia de Dios, que van siguiendo las pisadas de Cristo (2)?» Con toda verdad podemos consignar, que todo el bien de la Iglesia se debe al Santísimo Sacramento; puesto que, si, como afirma S. Gregorio, no puede practicarse ninguna obra buena sin la castidad, también sin la Santísima Eucaristía no puede haber perfecta castidad: luego todo el bien, toda la hermosura de la Esposa del Cordero es debida á Jesús Sacramentado.

10. El dulce vino de la Eucaristía embriaga el alma, y es causa de su felicidad temporal; esta embriaguez, en frase de S. Cipriano, no enciende, sino extingue y mata el pecado; en este vino no hay lujuria ni movimientos de carne; y después de bien hartado de este santo vino se adormecen los resabios de carne y sangre.» Hemos de convenir, por lo tanto, que el Santísimo Sacramento nos concede fuerzas efica-

(1) Zach., cap. IX, 17.

(2) Postilla.

císimas contra los desórdenes del apetito concupiscible. Tentado estaba Honorato, obispo de Ambiano, y celebrando un día el Sacrificio de la Misa, apareció un brazo que cogió el cáliz consagrado y le dió á beber; á partir de aquel momento dejó de sentir más las sugerencias carnales. Otro religioso, que tenía sumo cuidado de conservar la pureza de su cuerpo y alma, era horriblemente tentado de la carne por sugestión del diablo, quien deseaba hacerle desesperar porque no podía evitar todos los pecados veniales; recibió cierto día el Cuerpo del Señor Sacramentado, y quedó libre para siempre de la tentación.

Con lo expuesto he dicho lo suficiente para demostrar que la Divina Eucaristía es poderosísima contra el mundo, demonio y carne. Réstanos ser devotos del Sacramento Santísimo, visitarle, comulgar é invocar su santo nombre con frecuencia, para experimentar en nosotros los beneficios eucarísticos.

EJEMPLO

«En Sebastopol, un coronel francés, recibida la orden de salvar un reducto, se lanzó en medio de las metralas y bayonetas, y con invencible arrojo tomó una batería. Maravillado el general, díjole delante del estado mayor:—Coronel, admiro vuestra sangre fría. ¿Cómo habéis podido conservar tanta serenidad en tan gran peligro?—Mi general, respondió el coronel; yo recibí la santa Comunion esta mañana. *Cat. du F. Philippe.*



XIX

Unión del hombre con Dios mediante la Santa Eucaristía.

Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.

El que come mi cuerpo y bebe mi sangre está en mí y yo en él.

JOAN., VI, V. 57.

1. Si para escribir debidamente de la Eucaristía necesario fuera poseer facultades angélicas, para expresarse convenientemente de la admirable unión del Sacramento con el alma comulgante, preciso fuera haber agotado los senos infinitos. Por esta razón quisiera, más que nunca, reunir ahora la irresistible dialéctica de los Agustinos, la arrebatadora elocuencia de los Crisóstomos, la maravillosa profundidad de los Gregorios, el divino fervor de los Jerónimos, la célica dulzura de los Bernardos, la eficaz persuasión de los Tomases, y la invencible sutileza de los Escotos. Y no lo habría conseguido todo, porque la pluma de estos poderosos númenes quedaron encogidas, y sus lenguas enmudecieron ante las encantadoras bellezas del Sacramento Santísimo, pudiéndonos decir únicamente que la Divina Eucaristía es inefable, y que el endiosamiento que produce en el alma es incomprendible.

2. No hay señal empero, que declare mejor la realidad de la unión de Jesucristo con el alma, mediante el Sa-